

La odisea de
La nueva paternidad.
Publicado originalmente en Enero de 2009.

Las épocas de frío siempre dejan huella y se comprueba bien que no hay nada mejor para combatirlas que el calor humano. Esos combates contra las heladas suelen dejar como huella a un nuevo integrante para la familia. Un acto muy valiente en estos tiempos.

En la actualidad, ser padres es una misión titánica, no en balde ha quedado atrás aquella máxima de recibir a todos los hijos que Dios o el destino manden. Los productos anticonceptivos se han convertido en productos de primera necesidad, so pena de tener que llevar un embarazo y la posterior crianza de un niño no planeado –lo que no quiere decir que sea un niño rechazado o no amado- que cambia todos los planes que pudieran existir. Desde el momento en que se sabe que el chamaco viene el camino, todo se revoluciona.

Los avisos empiezan siempre por un retraso, abrigando la duda – o la esperanza- de que sea justamente eso, un retraso... ya si pasan tres semanas, como que hasta hacerse prueba de embarazo es ocioso, pero siempre es bueno confirmar, así que hay que presentarse con el especialista de la familia desde hace 50 años, aquel que de buen pulso solo tiene el recuerdo, para que anuncie a la pareja: Felicidades, está usted embarazada. ¡Sopas! Ahora si, pasada la sorpresa, el festejo o el lamento, hay que comenzar con todos los preparativos, avisar a la familia y los amigos. Los futuros abuelos usualmente toman la noticia con júbilo, los amigos en cambio, tienen opiniones encontradas, desde aquellos que salen con el “felicidades, han sido bendecidos”, el “ya era hora”, el “se estaban tardando” o el sincerote “ahora si van a saber lo que es bueno”.

Anteriormente las cosas no se complicaban mucho. La educación machista no permitía a la mujer dedicar mucho tiempo en detalles como la prevención de estrías o el diseño de una dieta adecuada, ¡no! Se aplicaba el siempre efectivo: “Come el doble, ahora debes comer por dos”, se hacían de algunos vestidos de maternidad, ya fueran nuevos o prestados por la hermana o comadre más cercana y a seguirle con la rutina diaria, el aseo de casa, el preparar comida y hasta atender a los chamacos que ya existiesen en la familia, nada de descansitos o cosa parecida, aun después de haber dado a luz. Para fortuna de la gran mayoría de las mujeres embarazadas de nuestros días, ahora pueden cargarle la mano al marido con todo: Vestidos de maternidad nuevos ¡y de moda, faltaba más! Visitas al ginecólogo cada dos semanas –o antes, hasta por el menor síntoma raro, por lo que el profesional cobra como si uno consultara a expertos de NASA-, la compra de productos para cuidar la piel y prevenir estrías, el seguimiento de una dieta “especial” para el embarazo –a la que también debe apegarse el jefe de familia aunque el no traiga un bebé integrado- y la solicitud de alguien que ayude con las labores de la casa; en caso de no poder cubrir este pendiente, el marido tendrá que atenerse a que la casa tendrá orden, higiene y alimentos de acuerdo a como la afectada se sienta. ¡Viva la liberación!

Conforme se acerca la fecha del nacimiento, el entorno ya no es el mismo. La pareja ya sabe el sexo del bebé, así que ha dispuesto de un espacio –preferentemente una habitación especial- con el decorado y todos los accesorios – requeridos y no- : si es niña, cuarto rosa, cuna coqueta con cortinas, muñequitas, figurines, etc., si es niño, cuarto azul, cuna más sobria, móviles con temas deportivos y musicales... por no hablar del nombre del próximo a nacer. ¡Todo mundo opina! ¡Pobre niño! Aun no nace y ya lidia con la probabilidad de llamarse Crisóstomo o Nepomuceno –“...es que así se llamaba mi papá...” dice el próximo abuelo y digo yo, ¿el chamaco qué culpa tiene? Deberían ser más concientes de que un nombre es para toda la vida, porque luego le acomodan cada friega al niño con sus combinaciones extrañas y rimbombantes que los hacen víctimas eternas de burlas ¡y hasta de alburas!

Los futuros nuevos padres, como buenos novatos, entre menos días faltan para la fecha estimada de nacimiento más se llenan de nervios y la menor sensación de algo parecido a una contracción les ha hecho realizar varias salidas en falso, en las que llegan con urgencia al hospital para ser devueltos con todo su equipo porque “todavía falta”. ¡Y las horas de sueño perdidas quién las repone! Pero no hay plazo que no se llegue, así que un buen día, justo en el momento en que la pareja decide que en esta ocasión esas molestias “no son nada”, resulta que es la hora buena, así que el bebé, después de ser invitado de manera poco amable a abandonar el vientre materno, llega a este mundo tan poco recomendable en muchos aspectos.

Los días siguientes son la pura variedad, con una escena que no por repetida deja de ser clásica. Es hora de visita. El padre está en la orilla de la cama con el chamaco –o chamaca-, orgulloso y presuntuoso, la madre que no quiere que nadie la vea, porque se siente molida, fea, gorda... y es cuando toda la parentela y las amistades se dejan caer, cámara o celular en mano, para inmortalizar el momento. La pobre mujer quiere descansar a solas, si acaso con su hijo recién nacido y tiene que soportar a las tías abuelas que no se cansan de encontrar el parecido que tiene el bebé con el tío fulano o la prima perengana; claro que por no quedar mal con nadie, comienzan cual doctor Frankenstein, “...pero tiene la nariz del papá, ¡y tus cejas hijita! Claro que las manos son de tu abuelo y la barba partida de tu suegra”. “Mamá, no es barba partida, ¡lo estás viendo de cabeza!” Suele suceder. Pero el cambio de vida acaba de empezar.

Después de dejar el hospital, la pareja de nuevos padres se enterarán que la vida, específicamente las noches, no volverán a ser las mismas. El nene come cada tres horas; valiendo gorro si es de día o de noche, él pide. Es así que

por lo menos en un año no dormirán una noche de corridito, porque invariablemente cuando el sueño sea más profundo, el reloj programado para la ocasión o el llanto del bebé hará a los padres levantarse como resorte para atender el reclamo con ternura, amor y paciencia, aunque al cabo de algunas semanas comienza a hacerse molesto y fastidioso; seamos honestos, aunque se trate de nuestro hijo, llega un momento en que dices: “¡Bueno, yaaaaaa!” Y prefiero no hablar de la descomida, porque los padres también descubrirán uno de los grandes misterios de la humanidad: ¿Cómo es posible que una criaturita tan chiquita puede hacer tanto de algo tan repugnante? Pero eso no es lo único que les quitará el sueño.

Cierto es que los bebés son chiquitos, débiles e indefensos, pero a eso añade los 20 mil consejos que los padres han recibido de todo el mundo, que van desde cosas normales como el empacho o la fiebre, hasta ¡el mal de ojo!, de modo que crean una especie de paranoia similar a lo que sucede con los correos de advertencia de Internet en nuestros correos: Todo lo que se haga puede ser malo y todo lo que no se haga también. De este modo, los padres se preocuparán si el hijo es muy activo o muy pasivo, si duerme haciendo un ruidito –se olvidan de que los bebés respiran- o si no hace ningún ruido al dormir. ¡Y esperen a que empiece a salir solo! Pero eso ya es muy adelantado. Sigamos con esta primera infancia.

De cualquier manera, ese primer año y los siguientes son entrañables. Es cuando el bebé empieza a tener actividad poco a poco, se va haciendo vivaracho, a seleccionar a sus amistades, reconocer su entorno y empezando a moverse por sí mismo viene la siguiente preocupación: El nene es curioso por naturaleza, pero ahora puede desplazarse en andadera, gateando o caminando para descubrir el mundo, meter los dedos en un enchufe, jalar cualquier cosa que le pueda acomodar un buen susto –o un buen golpe- o llevarse a la boca con singular alegría cuanto cochinado se le ponga enfrente; esta etapa sí es la locura, porque antes se le ponía en su silla, su cuna o su carreola y santo remedio, pero ahora los padres deben estar con un ojo al gato y otro al garabato, so pena de llevarse un buen sobresalto, del cual definitivamente ningún padre se libra en algún momento de la infancia del hijo.

Es importante señalar que aun en esta etapa, el nene va entendiendo su poder sobre los padres de acuerdo a como estos responden a sus requerimientos; muchos padres ofrecen a sus hijos una atención normal digamos, pero la mayoría de los padres actuales no quieren que a sus vástagos les pegue el aire, que coman o beban en plato o vaso que no haya sido desinfectado, que no lo toque el piso, que nada lo haga llorar, que haga lo que quiera, que coma lo que quiera y lo que no, no, en resumen, hacen que toda la atención de quienes lo rodean sea exclusiva y prioritariamente para él. Esto es un asunto delicado, porque empiezan de esta manera y terminan criando hijos que creen que todo se lo merecen, que todo el mundo debe cumplir sus exigencias y que son el ombligo del mundo, para después darse tremendos azotones cuando llegan a la convivencia social en guardería o kinder, donde la atención que va a recibir será igual o menor a la que reciben el resto de niños que estarán con él en ese espacio. Y créame, son azotones que duelen.

La llegada de un bebé es algo muy especial. Te cambia la vida, te deja descubrir aspectos desconocidos de ti y aumenta muchísimo el amor por tus padres, porque ahora los entiendes perfectamente. Las prioridades ahora son otras y las sorpresas de aquí en adelante no paran, lo único que si debes procurar es llevar a tu hijo de modo que sea un buen individuo, una buena persona, un buen ciudadano; en un sentido burdo, los padres son los pintores y el bebé es un lienzo en blanco, así que procuren desarrollar una obra que los haga sentir orgullosos y que pueda ser admirada por la demás gente. Nos es fácil, todo lo contrario. Pero vale la pena esforzarse al máximo para conseguirlo. ¿Qué dices? ¿Le entras a la paternidad?

Cambios en tu vida cuando nace tu hijo.

Te das cuenta que por tu hijo puedes ir más allá de tu límite, del límite de tu límite y del límite del límite de tu límite.

Aumenta tu compasión por todos los niños. No soportas ver sufrir a un niño en las telenoticias, ni en una película de televisión, ni en la calle.

Descubres el placer y el valor de los momentos de silencio, de una ducha caliente al final del día, una tacita de té con una amiga, una película en casa con tu pareja, una noche de sueño profundo y los disfrutas al máximo.

Borras de tu diccionario la palabra "asco".

Aprendes a dominar el arte de la improvisación: Compones canciones, transformas tus dedos en marionetas e inventas fantásticas y absurdas historias para mantener entretenido a tu bebé.

Como un malabarista que va agregando más y más objetos a su acto, aprendes a hacer dos, tres, cuatro, cinco... cosas a la vez, ¡y sin que se te caiga ninguna pelota!